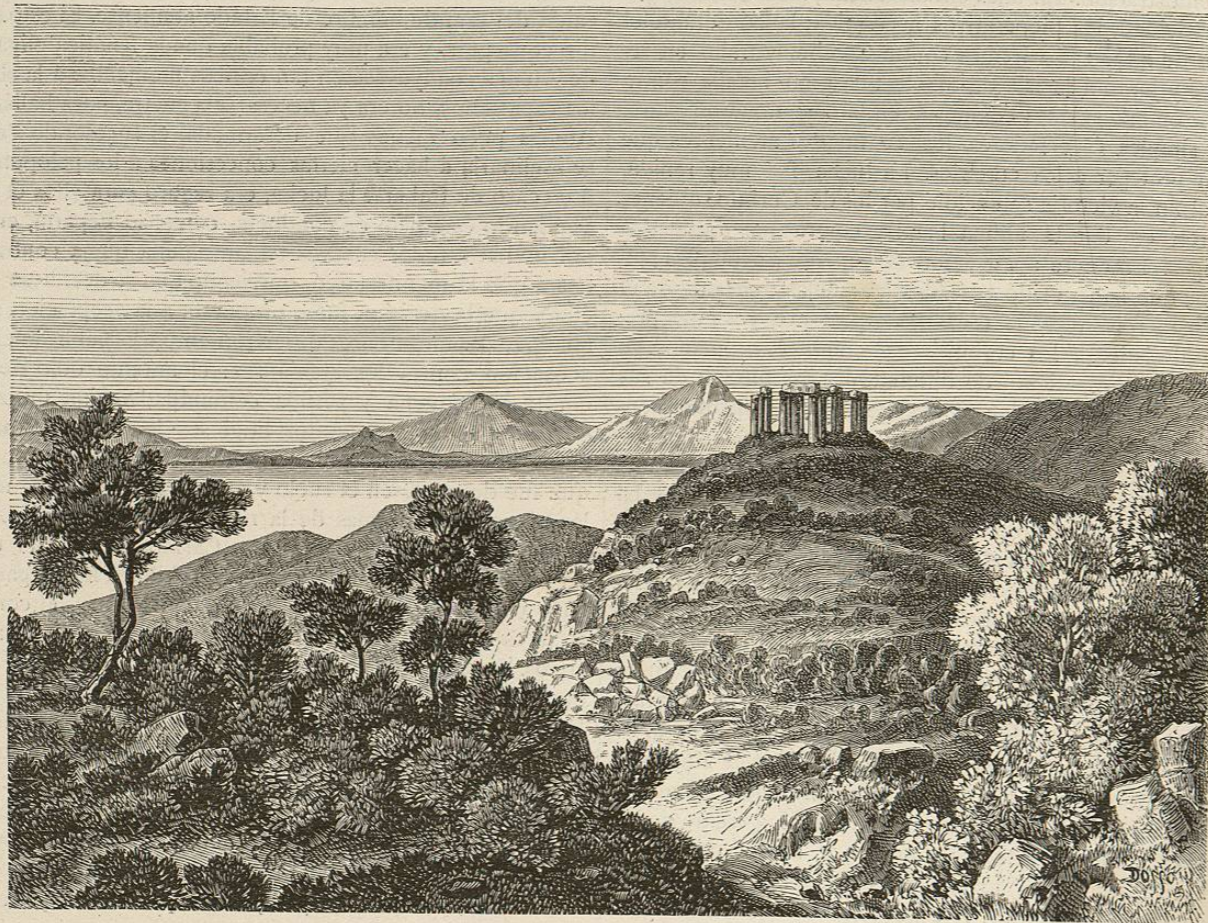


cual se contestó con otra de los atenienses pidiendo á los espartanos que castigasen los crímenes cometidos en su propio país, Esparta presentó tres demandas políticas inadmisibles, que inmediatamente fueron ganando terreno en Atenas, á saber: reconstrucción de las fortificaciones de Potidea, restablecimiento de la independencia de Egina, y cesacion de la prohibicion mercantil que sobre los de Megara pesaba.



Vista del templo de Minerva en Egina

nienses, en un consejo formal y contra el parecer de sus adversarios, que se presentaban en aquel momento como partidarios de la paz, que debía renovarse la lucha, á la cual se veía necesariamente obligada Atenas, y que todas las probabilidades de éxito estaban de parte de los atenienses. Estos se hubieran sometido voluntariamente á un tratado en virtud del cual los puntos litigiosos se sometieran á la decision definitiva de árbitros, y hubieran devuelto la autonomia á los Estados aliados que antes del último convenio de paz eran todavia independientes; pero solo á condicion de que Esparta hubiese hecho otro tanto.

Podía, pues, esperarse el ataque en la confianza de rechazarlo enérgicamente.

Con esto se destruyeron todas las esperanzas de paz, y en

Cuando los atenienses se negaron tranquilamente á acceder á tales exigencias, presentaron los espartanos un ultimatum en virtud del cual «Atenas debía devolver su autonomia á todos sus aliados.» Este fué el golpe decisivo. Pericles, que tenia por inevitable la guerra, y que, con un sentimiento de legitima dignidad, consideraba su valor personal como una garantia de la victoria para su Estado, persuadió á los ate-

la primera semana del año 431 antes de Jesucristo, se habia ya resuelto en todas partes seguir la guerra. Atenas, en donde la fuerza de las circunstancias habia contenido por un momento las miserables demandas judiciales en que se habia querido envolver á Pericles, esperaba con impaciencia la primera acometida de los peloponesios. Los furiosos tebanos rompieron las hostilidades atacando á Platea, á la cual odiaban mortalmente y que permanecia fiel á los atenienses. El ataque, llevado á cabo á principios de abril de 431, fracasó y los prisioneros que allí se hicieron fueron asesinados por los crueles plateos, antes de que Atenas pudiese disuadir á sus aliados de tal intento. Este episodio era, sin embargo, el prototipo del carácter que debía tener la horrible guerra peloponésica.

## SEGUNDA PARTE

Desde el comienzo de la guerra del Peloponeso hasta la batalla de Mantinea

### CAPÍTULO PRIMERO

GUERRA DEL PELOPONESO

I. Medios, planes y probabilidades de éxito de los Estados beligerantes.—II. Primer año de la guerra del Peloponeso (431). El año 430.—III. La peste en Atenas. Muerte de Pericles (429).—IV. Nicias. Tucídides el historiador. Cleonte. Aristófanes.—V. Insurreccion de los lesbios contra Atenas. Platea. Sentencia contra Mitilene.—VI. Derrota de Platea. Crueldades en Corcira.—VII. Sicilia desde la muerte de Cleonte. Intervencion de los atenienses (421) en la guerra de los sicilios.—VIII. Demóstenes se apodera de la mesénica Pilos. Los atenienses toman por asalto Esfactoria. Crueldades en Corcira.—IX. Fortuna de los atenienses. Su derrota en Delion.—X. Brasidas. Brasidas conquista Calcidia y Anfipolis. Armisticio del año 423.—XI. Muerte de Cleonte y de Brasidas. Paz de Nicias.—XII. La opinion pública en Atenas. Hyperbolos. Alcibiades. Intrigas del año 420.—XIII. Alcibiades en el Peloponeso. Victoria de los espartanos en Mantinea (418).—XIV. Alcibiades y la expedicion de los atenienses á Sicilia.—XV. Las crueldades y los procesos de los Hermocopidas.—XVI. Caída de Alcibiades. Se pasa á los espartanos.—XVII. La guerra de Sicilia. Los espartanos se apoderan de Decelia.—XVIII. Derrota de los atenienses en Siracusa. Situacion desesperada de Atenas.—XIX. Las ciudades aliadas jónicas se separan de Atenas. Guerra en las costas jónicas.—XX. Alcibiades se pasa á los persas.—XXI. Revolucion oligárquica de los cuatrocientos en Atenas. Restablecimiento de la democracia y regreso de Alcibiades á Atenas.—XXII. Guerra del Helesponto. Brillantes victorias conseguidas por Alcibiades en Cízico, en el Helesponto y en el Bósforo.—XXIII. Alcibiades en Atenas. El príncipe Ciro. Lisandro en Jonia. Caída de Alcibiades.—XXIV. Batalla de las Aguinusas y sus consecuencias. Batalla de Egos Pótamos.—XXV. Sitio de Atenas. Destruccion del imperio ático.—XXVI. Los cartagineses en Sicilia. La tiranía de Dionisio I de Siracusa.—XXVII. Aristófanes. Eurípides. Sócrates. Macedonia.

#### I.—MEDIOS, PLANES Y PROBABILIDADES DE ÉXITO DE LOS ESTADOS BELIGERANTES

Cuando el ataque de los tebanos contra Platea hubo inaugurado, de un modo brusco y prematuro, la guerra entre las principales potencias griegas, creyeron con fundamento algunos pocos é inteligentes helenos que aquella nueva contienda civil no terminaria antes de los 27 años. Cada una de las dos potencias directoras esperaban, sin embargo, derrotar en poco tiempo á su adversaria y poder llegar á una situacion conforme á sus propios deseos é intereses. Las intenciones de Esparta para con los atenienses eran, desde un principio, mas hostiles y perversas que las que la política de Pericles alimentaba contra los espartanos; así como bajo ciertos puntos de vista muy interesantes, la situacion de los atenienses era mas desfavorable que la de sus implacables enemigos. Los planes del partido guerrero de Esparta y de sus aliados en el Peloponeso y en Tebas tendian desde un principio á poner fin al episodio de la soberanía marítima de Atenas, á destruir su poder y á recuperar la preponderancia en toda la Grecia. Para esto, no solo estaban á su favor la envidia y la antipatía contra Atenas, que cada día se arraigaban mas en Grecia, sino el acendrado odio que tenían todas las aristocracias griegas á la imponente democracia ática. Fué realmente una gran idea la que tuvieron los espartanos al exigir el restablecimiento de la independencia de todos los miembros de la liga délica. La significacion que habia de tener Esparta como señora de Grecia, sin una fuerza como la de Atenas que la refrenara, debía decirlo el mundo griego 27 años despues; pero entonces, cuando el grito de guerra de los espartanos significaba el restablecimiento de la autonomia y la liberacion de los aliados áticos, perdonóles la opinion pública de Grecia el modo brutal con que se desencadenó su

furor bélico, y los encarnados mantos de la Laconia fueron emblema de los libertadores que arrancaban á la Grecia de las garras de una poderosa soberanía, despertándose en Egina y Potidea nuevas esperanzas de triunfo para el particularismo griego.

Los espartanos tenían, además, sobre los atenienses la ventaja de que, por un lado, existia en Atenas y en Atica un partido algo importante que, no sin cierta repugnancia, se habia decidido por la guerra, y, por otro, que todo el artístico edificio del poderío ático podia ser destruido por Esparta, mientras que el de esta no podia serlo por Atenas. Sin embargo, durante mucho tiempo favoreció á los atenienses el hecho de que los espartanos necesitaban muchos años de estudio para llegar hasta el grado de esplendor que habia alcanzado el Estado ático.

El partido guerrero del Peloponeso esperaba, en un principio, poder vencer á los atenienses á los pocos combates. Como en el tiempo de la guerra de Egina, no tenia este partido idea ninguna de la gran fuerza de resistencia de Atenas, fuerza que él mismo no habia tenido despues de la catástrofe de Siracusa.

Primero se calcularon los medios pecuniarios que debian sacarse de Olimpia y de Delfos y sobre todo las fuerzas marítimas que debian proporcionar el Peloponeso, las colonias corintias, y, en caso de necesidad, los dorios de Sicilia. Confíabase principalmente, no en Corinto, sino en Esparta, en el gran número de hoplites que el Peloponeso, prescindiendo de los aqueos neutrales y de los argivos, podia poner á disposicion de los espartanos. Contábase fundadamente con la excelente infantería y con la admirable caballería de Beocia, implacable enemiga de Atenas, junto á las cuales formaban tambien, en favor de Esparta, los locrios opuncios. Los 60,000 hombres de tropas escogidas que por aquel

tiempo podía poner impunemente en pié de guerra la alianza peloponesia, eran, en realidad, adversarios muy temibles para Atenas, y así lo comprendieron los caudillos espartanos al concebir el proyecto, contando con la promesa de otros contingentes, de dar comienzo á la guerra con una enérgica acometida contra el centro político del Atica, esperando siempre que los atenienses, al ver devastado su rico territorio, se empeñarían en una batalla, cuyas consecuencias, favorables según todas las probabilidades á los espartanos, harían nacer en las islas aliadas á los atenienses y en las inquietas ciudades de la Calcidia, el deseo de separarse de Atenas. No sin razón se contaba para este plan con el elemento psicológico tan trascendental en la guerra, y poco faltó para que las pruebas comprobasen el ejemplo. Pero cuando se echó de ver la parte falsa de este cálculo, la dirección de la guerra peloponesia tomó un aspecto algún tanto embarazoso y comenzó el período de las tentativas inseguras, como la de dirigirse á los persas en demanda de auxilio contra Atenas. Estas tentativas no obtuvieron, durante mucho tiempo, éxito alguno, hasta que los espartanos, aleccionados por sus propios enemigos, consiguieron tener en la misma Atenas el auxilio de un traidor á su patria, y hallaron por fin los medios de encontrarse con sus adversarios en el terreno donde tan fuertes se habían mostrado en tantas ocasiones.

La situación de los atenienses, aun prescindiendo de lo desfavorable que les era la opinión pública en Grecia, se había hecho más difícil que la de sus enemigos. A excepción de algunos Estados y tribus de escasa importancia y de los tesalios que recientemente se habían hecho amigos suyos, tenía Atenas por enemigos á todos los pueblos que habitaban el territorio desde el Tenaro hasta los límites de Anfipolis. Solo Platea, Naupacta y los acarnanios se mantenían fieles á los atenienses, cuya principal fuerza radicaba en las muchas islas y en las playas marítimas del mar Egeo, á las cuales se unieron Corcira, Zacinto y, unos meses después de comenzada la guerra, Cefalonia. Los atenienses, con todas las ventajas de su organización y de su educación guerrera, y con su magnífica escuadra y cuantiosos medios pecuniarios, se vieron reducidos á seguir, aunque en grande escala y con carácter esencialmente ofensivo, una guerra de defensa. En otros términos, la situación de su principal enemigo era tal, que no podían intentar un golpe mortal y decisivo. Pericles, que proyectaba los principales medios de defensa que después llevaron á cabo los estrategos áticos en el interior, para resistir el ataque del enemigo, dirigido contra los fundamentos del poder de Atenas en la parte oriental del mar Egeo, tuvo que arriesgarse al peligroso experimento de dejar á los espartanos el paso libre á su país, á fin de conseguir que el enemigo abandonase su capital y poder por tanto bloquear impunemente el Peloponeso y entregarle al saqueo. Los atenienses tenían ciertamente que conquistar muchos puntos de apoyo en el Peloponeso, para fatigar gradualmente á sus enemigos y para molestarles hasta el punto de que se viesen obligados á aceptar una paz favorable para Atenas. Una destrucción de la liga peloponesia ó una inutilización estratégica de los espartanos, tal como la consiguió sesenta años después el tebano Epaminondas, no era posible en las circunstancias entonces existentes, á pesar de que momentáneamente se había arriesgado Pericles á probarlo. Pero el odio de que era objeto Atenas, hacía imposible á este Estado, aun dada una disolución de la liga peloponesia, llegar á ser cabeza de los griegos continentales. La historia nos muestra que la repentina muerte de Pericles arrebató á los atenienses uno de los principales factores en que se cifraban las esperanzas de la victoria: con ella se olvidó en Atenas su plan de guerra, que mantenía fuertemente unidas las fuerzas áticas. Los atenienses se entregaron más de lo que debían á las luchas en aquellos puntos donde se desarrollaban nuevas ramificaciones de la guerra. El intempestivo capricho de fraccionar las fuerzas para caer sobre los espartanos, produjo aquella tremenda catástrofe que anonadó por completo á Atenas.

Era natural que al comenzar la guerra fuesen pocos en ambos campos los que la considerasen como una lucha de vida ó muerte. Ni en Atenas, donde predominaban los elementos políticos reflexivos, ni en Esparta, donde el odio que hacía el enemigo se sentía no era tan general ni se había arraigado tan profundamente, se creía imposible restablecer la antigua paz. Pero en el último período de la horrorosa guerra, cuando todas las enemistades políticas y de raza se encontraron frente á frente largamente preparadas, cuando todo el mundo civilizado del Mediterráneo, desde Cartago hasta los puertos tracios y hasta la residencia del sátrapa persa de Anatolia, había enviado al teatro de la guerra sus escuadras, su caballería y sus hoplites, encendiéndose el odio entre los helenos de tal manera, que solo podía poner en paz á los enemigos la completa ruina del poderío ático.

Era natural que al comenzar la guerra fuesen pocos en ambos campos los que la considerasen como una lucha de vida ó muerte. Ni en Atenas, donde predominaban los elementos políticos reflexivos, ni en Esparta, donde el odio que hacía el enemigo se sentía no era tan general ni se había arraigado tan profundamente, se creía imposible restablecer la antigua paz. Pero en el último período de la horrorosa guerra, cuando todas las enemistades políticas y de raza se encontraron frente á frente largamente preparadas, cuando todo el mundo civilizado del Mediterráneo, desde Cartago hasta los puertos tracios y hasta la residencia del sátrapa persa de Anatolia, había enviado al teatro de la guerra sus escuadras, su caballería y sus hoplites, encendiéndose el odio entre los helenos de tal manera, que solo podía poner en paz á los enemigos la completa ruina del poderío ático.

## II.—PRIMER AÑO DE LA GUERRA DEL PELOPONESO. EL AÑO 430

Mientras á principios de 431 las tropas de Atenas y de sus aliados tenían bloqueada fuertemente á Potidea y el energético general ático Formion se presentaba ante aquella plaza con un refuerzo de 1,600 hoplites, induciendo, después de felices combinaciones, al rey Perdicás á pasarse de nuevo á los atenienses; mientras que al propio tiempo firmaban estos una alianza con el poderoso rey de Odrisia, Sitalces, cuyo imperio tracio se extendía desde el Nestos hasta el mar Negro y el Danubio, y mientras las sangrientas escenas de Platea causaban general terror, reunieron los espartanos y dirigieron contra Atenas todas sus fuerzas, compuestas en sus dos terceras partes de soldados peloponesios y el resto de los contingentes de los aliados. Su rey Arquidamas, cuyo nombre se dió posteriormente al primer período de la guerra del Peloponeso, condujo su poderoso ejército al interior del Atica, después de haber atacado impetuosamente la ciudad de Enoe, situada á orillas del Citeron, y en fronteras áticas, once semanas después de la batalla de Platea, en junio de 431. Entonces comenzaron en el territorio ático aquellas devastaciones sistemáticas, que encontramos posteriormente reproducidas durante la edad media en tiempo de los caudillos borgoñones y florentinos. Pero en vano esperaban los espartanos obligar de este modo á los atenienses á aceptar una batalla. La situación de Pericles, con todo, no era muy satisfactoria: por mandato suyo, se habían reunido todos los aldeanos dentro de los muros de las fortificaciones atenienses: todas estas y las demás plazas fuertes del territorio fueron dotadas de guarniciones. Pericles, general en jefe, investido de poderes extraordinarios, mantuvo á las tropas dentro de las murallas, y solo la caballería tuvo algunas escaramuzas con el enemigo. Pero la indignación de los ricos propietarios y agricultores, que en su mayor parte llevaban en el interior de las ciudades una existencia pobre y desagradable y que con tristeza veían cuán impunemente se destruían sus posesiones, fincas, campos, viñedos, frutales y olivares, se aumentaba de día en día, especialmente en Atenas, gracias á las excitaciones de los demagogos, como Cleonte, que clamaban contra la débil dirección de la guerra. Pericles supo hacer frente á todo, y no toleró ya las asambleas populares, que hubieran podido tomar acuerdos perjudiciales: apostó, además, una escuadra compuesta de cien buques de guerra bien armados y tripulados, la cual, cuando los enemigos, después de devastar durante cinco semanas el suelo ático emprendieron la retirada, dirigióse al Peloponeso, cuyas

costas asoló con el auxilio de los corciris, y conquistó la isla de Cefalonia. Al propio tiempo una escuadrilla devastaba las costas de la Lócride opunciana y se apoderaba de la isla Atalante, fortificándola convenientemente. Los atenienses se portaron quizás con demasiada dureza respecto de los vencidos: los eginetas se vieron precisados á abandonar su isla, que pasó á formar parte de la Clerusia ática, fijando aquellos su nueva residencia en los territorios de la Thyrea peloponesíca, que les fueron cedidos por los espartanos.

Finalmente, Pericles, al frente de todo el ejército activo de Atenas, compuesto de unos 13,000 hoplites áticos y metecos, al cual se juntó la escuadra que regresaba de su expedición al mar Jónico, se lanzó en el mes de setiembre sobre Megara y asoló la pequeña comarca, llegando casi hasta los muros de la capital.

Al propio tiempo habíase despertado en Atenas el ardor guerrero: se reforzaba y mejoraba la organización defensiva de un modo práctico y se formaba un fondo de reserva de mil talentos (23,550,000 reales) que solo debía aplicarse á los gastos de guerra, cuando una escuadra enemiga atacase el Píreo y no pudiese apelarse á otro recurso. Los acontecimientos acaecidos en el teatro de la guerra eran todavía favorables á los atenienses y la consideración de Pericles había llegado á su apogeo, cuando el heroico pueblo sufrió el primer descalabro temible, á consecuencia del cual comenzaron á sucumbir la actividad y la energía de los atenienses. Existía una fuerza elemental, hasta entonces desconocida, cuyas consecuencias nadie había podido prever. Los peloponesios invadieron de nuevo el Atica á principios de abril de 430 con el mismo ímpetu que el año anterior, siendo su irrupción la empresa más peligrosa de cuantas hasta entonces habían llevado á cabo; pues esta vez permanecieron cuarenta días en la comarca, llegaron hasta Laurion y devastaron las costas orientales y occidentales.

## III.—LA PESTE EN ATENAS. MUERTE DE PERICLES

Al furor de la invasión peloponesíca se juntó un nuevo enemigo que consumía en el interior la parte más escogida de la población ateniense. Nos referimos á la desoladora peste procedente del alto Nilo, que después de haberse extendido por Egipto, Libia, las provincias asiáticas del imperio persa, Sicilia y Roma, se presentó por primera vez en Lemnos.

Una mortal fiebre tifóidea eruptiva, que por regla general, en pocos días ocasionaba la muerte, se extendió por el Píreo y por la misma Atenas, precisamente á los pocos días de haber los peloponesios invadido el Atica. El mal encontró entonces todos los elementos favorables para su desarrollo. La ciudad y sus fortificaciones contenían exuberancia de habitantes, y gracias que felizmente el ejército de los campesinos se había dirigido hacia Eubea y otras islas. La población estaba profundamente excitada y conmovida, y las condiciones sanitarias de los fugitivos que se habían refugiado en la ciudad no eran muy satisfactorias. Todos los males que en distintas épocas había llevado aquella epidemia mortífera á diversos pueblos, cayeron en aquel momento sobre los atenienses. No solo la intensidad de la peste crecía con los calores del verano, sino que mientras la epidemia se iba inexorablemente extendiendo más y más, mientras su mortal espectro ponía en fuga á los mismos enemigos, se disolvieron todos los lazos morales de la sociedad humana, preludio de las siniestras consecuencias de una catástrofe. Enormes fueron las pérdidas materiales y las defunciones que por espacio de mucho tiempo sufrieron los atenienses: la peste asoló á Atenas sin interrupción durante dos años, el segundo y el tercero

de la guerra, á los cuales siguió un período de diez y ocho meses en que se vieron los atenienses libres de la plaga; pero después cebóse de nuevo la epidemia otro año en ella con igual furor que la vez primera. En este segundo período perecieron 300 jinetes, 4,400 hoplites y una gran parte de los más escogidos ciudadanos, siendo innumerables las bajas que ocasionó la enfermedad entre los thetes y la población esclava.

Estas sensibles pérdidas hubieran podido paralizar solo transitoriamente la energía de los atenienses; pero los vacíos que dejaron fueron tan peligrosos como terribles, pues habían precisamente recaído en la pequeña raza que se encontraba al frente del imperio ático, y sus miembros no podían ser sustituidos más que con unos pocos ciudadanos de su clase que habían sobrevivido á la epidemia. A partir de este punto no pudo contenerse el descorazonamiento de la parte escogida del pueblo; verificóse una modificación notable aun en la parte física de Atenas, entrando á figurar en primer término los jóvenes elementos de sangre mezclada y los metecos, para cubrir los grandes vacíos que la muerte había causado en la burguesía ática. Dada la condición de los antiguos Estados burgueses, sin exceptuar á Roma, una modificación de esta naturaleza en el personal ejerció temible y rápida influencia en el espíritu político de la burguesía.

Seguidamente la peligrosa carestía del año 430 conmovió profundamente la situación de Pericles, quien para animar el espíritu bélico y para aligerar á la ciudad de todas las cargas posibles, organizó durante la permanencia de los peloponesios en Atica, una expedición con 100 trirremes, 7,000 hoplites y 300 caballos que reforzada con 50 embarcaciones de Chio y Lesbos, devastó las fronteras de Epidaurio, el Sur de la Argólida y la Laconia Prasié. Pero la peste, que había sentado sus reales en la escuadra, diezmo el campo de Potidea, cuando después fué enviada en auxilio de Formion.

Cuando Pericles regresó de su expedición marítima encontró al pueblo ateniense vivamente conmovido por los males de la peste y por la devastación de la comarca, siéndole fácil observar una patente hostilidad contra su persona. Durante su ausencia se habían entablado con Esparta algunas negociaciones que se estrellaron ante las desmedidas exigencias de los espartanos. La animosidad contra Pericles llegó á tal punto, que los caudillos del pueblo, Cleonte, Simmias y Locrátidas, pudieron por fin impunemente acusar á Pericles por mala administración de los fondos del Estado. En su consecuencia, vióse suspendido de sus cargos públicos y condenado á una multa de 15 talentos (353,250 reales), y no pudiendo hacerla efectiva, fué privado de todos los derechos de que gozaba el último ciudadano. A estos se le agregaron nuevos infortunios, siendo el colmo de todos ellos las pérdidas que, así en su familia como en sus amigos, causó la peste.

Sin embargo, pronto debía experimentar una satisfacción: la opinión pública de los atenienses cambió bruscamente, habiendo conocido en seguida que no era posible encontrar quien sustituyese dignamente á Pericles. Los espartanos no solo se hallaban menos que nunca dispuestos á firmar la paz, sino que enviaron una embajada á Sitalces y al rey de Persia, para conquistarse el apoyo de los tracios y de los persas. Gracias á los lazos de amistad que entre los tracios y los atenienses existían, aquellos pusieron en manos de estos á los embajadores espartanos, que fueron muertos inmediatamente. Entonces se despertó de nuevo el ardor bélico de los ciudadanos de Atenas, que volvieron los ojos á Pericles: anulóse la sentencia judicial, recobró con creces su influjo aquel hombre de Estado y se le confirió la dignidad suprema para el próximo año de guerra, invistiéndole de amplios poderes.

Pericles se propuso desde luego anular ó suspender una ley

que él mismo había hecho dictar anteriormente, y en fuerza de la cual el derecho de ciudadanía ática solo podía concederse á los que descendiesen de padre y madre áticos. Desgraciadamente solo pudo disfrutar de su nueva posición por poco tiempo: todavía pudo ver cómo Potidea, cuyo sitio había costado 20,000 talentos (47.100,000 reales), capitulaba por hambre durante el invierno de 429, pudiendo sus habitantes salir libremente, y poniéndose de nuevo en esta una guarnición ática. Pero mientras durante el nuevo año de guerra los peloponesios abandonaban el Atica invadida por la peste, y comenzaban á sitiá la heróica Platea; mientras se encendía de nuevo la guerra en la parte occidental de Grecia, en donde el valiente almirante Formion conseguía, junto á Naupactos, grandes victorias sobre las escuadrillas peloponesias, y mientras los acarnanios luchaban y vencían, no lejos de su capital, á los ambraciotas, epirotas y espartanos, los atenienses se sintieron heridos en su propia ciudad por un golpe el mas terrible de cuantos hasta entonces habían sufrido. Pericles, que desde hacía mucho tiempo se sentía atacado de una lenta y penosa enfermedad, murió á fines de setiembre de 429, siendo esta para los atenienses la pérdida mas terrible de cuantas hubieran podido soportar.

Era una verdadera desgracia que Pericles no dejase quien pudiese dignamente sustituirle. No carecía ciertamente Atenas de valientes generales, como nos lo prueba la historia de los posteriores tiempos; pero había desaparecido de ella el espíritu superior de los hombres de Estado, único que podía proseguir el sistema de un plan de guerra general para hacer frente á una lucha que cada vez se extendía mas hácia el Oeste y el Noroeste, resolver diplomáticamente los nuevos incidentes, é indicar á las fuerzas áticas y á las aliadas el sitio que debían ocupar. Entonces apareció el lado malo de la existencia democrática, que, gracias al olvido en que el Estado había tenido á su mejor gobernante, había podido desarrollarse durante un período calamitoso de guerra y de peste. Una de las cosas que mas perjudicaban á Atenas era no tener un consejo de Estado permanente, con tradiciones arraigadas, como el Senado romano, ni una burocracia práctica (exceptuando en la parte económica), ni una aristocracia popular. Era, pues, inevitable una encarnizada lucha para recoger la herencia política de Pericles, con la particularidad de que comenzó á ser muy rara la conexión entre los cargos militares y la dirección política, es decir, la unión en una misma persona de estas dos funciones públicas.

Los elementos oligárquicos, que todavía no habían llegado á un perfecto estado de desarrollo, no representaban gran papel por entonces.

#### IV.—NICIAS, TUCÍDIDES EL HISTORIADOR. CLEONTE ARISTÓFANES

Dos partidos se encontraban frente á frente. Estaba por un lado la aristocracia moderada que casi sin excepción se pasó al grupo cada vez mas numeroso de los demócratas sensatos, compuesto de antiguos y acaudalados ciudadanos, y que había producido grandes hombres aptos para los cargos públicos, especialmente para los militares. A este número pertenecía el jóven Tucídides, hijo de Oloros, que despues fué el historiador de esta temible guerra. Nació en 460 de familia noble, pues su padre descendía del reyezuelo tracio Oloros, cuya hija Hegesipila se había casado en 515 con el príncipe Milciades, despues vencedor de Maraton, que en aquel entonces residía todavía en el Quersoneso. La madre de Tucídides, Hegesipila, descendiente de la familia de Cimon, era probablemente nieta del vencedor de Maraton: su padre Oloros era nieto, segun parece, del reyezuelo tracio del mismo nombre. Segun una opinión moderna, Tucídides des-

cedía tambien de la familia de los Pisistrátidas por el casamiento de su desconocido abuelo con una nieta de Hipias. A pesar de sus relaciones de parentesco con la familia de Cimon, era Tucídides, segun se desprende de su obra histórica, entusiasta admirador de Pericles, cuyos rasgos característicos trazó en aquella con mano maestra; y personalmente pertenecía al número de aquellos pocos atenienses que estaban íntimamente convencidos, con Pericles, de la necesidad de la guerra dórica. Este jóven político no dejaba de tener cierta influencia entre sus conciudadanos: de su madre, ó segun otra version, de su mujer, había heredado importantes minas de oro situadas en Skapte Hyla, junto al Pangeo; además, por su origen tracio se había asegurado la protección de la corte del rey odrisio Sitales.

El verdadero caudillo de los elementos moderados de Atenas era entonces el hijo de Niceratos, Nicias, general de distinguido origen y copropietario de las minas del Laurium, que por su personalidad política recordaba á Cimon, pues por un lado mostraba grande adhesión á Atenas y por otro gran simpatía hácia los espartanos. Por mas que así en el ejército de tierra como en la escuadra cumpliera su deber, consideraba la guerra como una desgracia y creía posible una paz honrosa con Esparta, sin esperar ni desear la completa derrota de las fuerzas enemigas. Como general, sin embargo, no tenia semejanza alguna con Cimon, pues carecía del arrojo y audacia que caracterizaban á este héroe. Había estudiado la estrategia con Pericles, y no solo prosiguió la guerra felizmente, sino que conservó durante muchos años, como general, el favor y la confianza del demos. Además no tardó en demostrar que unia á sus incontestables dotes militares, la de proceder con circunspección y llevar á cabo sus empresas de un modo tan metódico y seguro como le era posible. Pero como hombre de Estado, por el contrario, merece muy escasos elogios: sus cualidades bajo este concepto, eran de un carácter pasivo. Leal adversario de la constitución, enemigo de las intrigas, honrado, instruido, y asiduo en extremo en sus funciones públicas, á pesar de que en los momentos críticos se mostraba atrevido en sus convicciones, le faltaba la atractiva facilidad de la palabra, y á causa de la invencible pesadez y carencia de confianza en sí mismo, la aptitud é inclinación para tratarse con el demos; y como con este no tenia mas puntos de contacto que la firmeza de sus antiguas convicciones y la superstición que le hacía confiar demasiado en los profetas y en los sacerdotes, descansaba su influencia política únicamente en sus inmensas riquezas, de las cuales hacía pródigo uso. Había heroseado á Atenas con varios y magníficos dones sagrados, y cuando ingresó en el número de los llamados liturgios, instituyó en las grandes fiestas de los dioses la suntuosa práctica de socorrer á las personas necesitadas con grandes limosnas, redimiéndose así con su dinero de la mordacidad de los charlatanes demagogos. En todas ocasiones su pasividad y pobreza de ideas hacían que fuese poco apto para jefe de su partido, y menos para contrarrestar (fuera del círculo de los obreros que empleaba) á los radicales y demagogos, que todavía por muchos años dominaron en la Phyx (1).

Entre los muchos hombres de esta clase de políticos, solo uno consiguió ejercer notable influencia, que fué el tantas veces citado Cleonte. Es muy difícil, aun en la actualidad, trazar el verdadero juicio histórico de su personalidad política. Hasta muy cerca de la mitad de nuestro siglo, se consideraba á Cleonte como una de aquellas figuras del mundo antiguo que, á semejanza del emperador romano Tiberio, se

(1) Plaza de Atenas, donde se reunía el pueblo para deliberar. (N. del T.)

contaban incondicionalmente entre las peores y mas abyectas apariciones de la historia; pero esta opinión de algunos años á esta parte se ha modificado completamente. Lo propio que Tiberio, encontró Cleonte partidarios célebres, sin que la lucha haya tomado todavía un carácter decisivo. Es positivo que el exacto conocimiento de las circunstancias sociales de Atenas y del valor histórico de una serie de datos utilizados como provenientes de una fuente principal, tales como los ataques del poeta dramático Aristófanes, ha sido causa de que se considerase á estos hombres políticos con mas benevolencia de la que se acostumbraba, sin que por eso estemos obligados á colmarlos de elogios.

Consta por un lado que muchas de las acusaciones, que solo tuvieron origen en las comedias de su enemigo Aristófanes, no pueden imputarse seriamente á Cleonte en una historia, no pudiendo ser considerado como un demagogo del moderno proletariado social democrático, ni como uno de los miembros de la Convención francesa. La verdadera analogía de Cleonte debemos buscarla en la historia de los demagogos que en la edad media y al frente del pueblo y de la democracia organizada, trabaron una violenta lucha en las ciudades de Italia, Alemania y Flandes, contra el patriciado de los nobles. Encarnábanse en Cleonte la pasión violenta y la desmedida ambición, con las cuales opusieron los hombres eminentes y audaces de la clase media, despues de la muerte de Pericles, una valla á los políticos nobles y á los generales. Cleonte no era en modo alguno un hombre insignificante; á su profunda penetración ática, unía una voz potente, un notable talento oratorio y una energía y habilidad en la lucha parlamentaria, de que había dado muestras en las asambleas generales, en la Bula y en las discusiones de los jurados. Su educación no era mas completa que la de sus compañeros de raza. La imponente imagen de Pericles, que indeleble guardaron durante mucho tiempo en su memoria todas las clases y todos los partidos, no dejó de ejercer cierta influencia en el ánimo de Cleonte. Su verdadera fuerza consistía en conocer y asimilarse los sentimientos, apreciaciones, tendencias, intereses y preocupaciones del demos; en prestar á este su decidido apoyo, conservando una altanera independencia y no excusándose de decir al demos, en determinadas circunstancias, ciertas cosas que distaban mucho de ser adulaciones. Ningun partidario de Cleonte consiguió hacerle aparecer como de temperamento amable, circunstancia que nunca suele caracterizar á esos caudillos de la oposición que procuran conquistar la jefatura de un elemento nuevo, apelando á una incesante lucha. Es indudable que la influencia de Cleonte tuvo consecuencias fatales bajo muchos conceptos: no se le puede ciertamente poner por tacha que desde la oposición y con éxito siempre creciente se esforzase por alcanzar el poder; la desgracia para Atenas fué que estos nuevos políticos burgueses pasaron su aprendizaje durante un período muy peligroso para los atenienses, y que no se les pudo oponer ninguna dirección política superior. Asimismo fué personalmente fatal á Cleonte el hecho de que, en medio de todas sus dotes y de todo su patriotismo ático, solo pudo moverse dentro de una esfera limitada, ó mejor, de que en sus limitadas miras solo conoció y dirigió dos momentos políticos.

Por un lado dominábale una inextinguible y sospechosa antipatía contra los elementos aristocráticos de Atenas, para con los cuales observaba con gran malicia y tenacidad el método de oposición sistemática del periodismo moderno. Los muchos funcionarios públicos y los generales tenían en él un temible adversario. En las rendiciones de cuentas, en las innumerables acusaciones presentadas ante los jurados y ante la Eclesia, señalaba con inflexible dureza sus puntos vulnerables, sus fraudes y abusos de confianza eventuales,

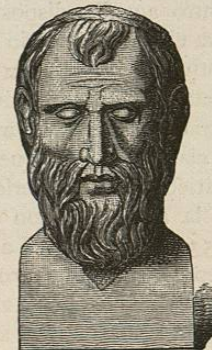
harto frecuentes por desgracia, y, en una palabra, el desempeño general de sus cargos.

Al llegar á este punto, no debemos pasar en silencio que Cleonte empleaba generalmente en la medida de su derecho de acusación y de censura, aquel tono que suelen usar en nuestros tiempos, así en los parlamentos como en los diarios, los hombres que se encuentran en las mismas circunstancias que él; es decir el tono de odio, de desmedida hipérbole, de ciego furor. En otros términos: olvidó por completo que allí donde juzgaba necesario el ataque podía haber una parte de justicia, y que una falta podía provenir de un error perdonable, no mirando en todas partes mas que lo malo, desconociendo y mirando con sospecha lo bueno, y no viendo en cuanto desfavorable acontecía mas que maldades, infamias, engaños y hostilidad contra el demos. Por su influencia, muy pronto la vida de los partidos tomó en Atenas un carácter de animosidad y perversidad funesto.

No le fueron en este punto en zaga sus enemigos; y uno de los mas esclarecidos jóvenes atenienses contemporáneo suyo, el célebre poeta dramático Aristófanes, que había nacido en 444, relacionado con la juventud noble de Atenas, y alistado en el cuerpo de caballería, atacó durante una serie de años, en muchas de sus comedias, al odiado curtidor con una terrible acritud y con un contingente de intencionados epigramas y de sátiras sangrientas, de que pocos ejemplos nos presenta la literatura polemista.

Por otro lado se personificaba en Cleonte el odio del pueblo ático contra Esparta, siendo él en el partido democrático el político que mas profundamente se sentía convencido de la necesidad de llevar adelante la guerra y de que fuese una lucha sin cuartel, que solo debía terminar con la sujeción completa de los peloponesios. No quería, y con razón, que se firmase una paz impremeditada y vergonzosa, en lo cual estaba de acuerdo con valientes generales, que sin embargo no pertenecían á su partido. Pero su conducta respecto de este punto no estaba exenta de ciertas dudas: ignórase si participaba de la opinión peligrosa de tantos atenienses de aventurarse á arriesgadas empresas. Aquel rudo naturalista, aquel advenedizo, carecía de la educación de un hombre de Estado, que muy difícilmente se obtiene con el talento natural; desconocía la tradición política; carecía de experiencia en la política exterior, y le faltaban, además, el golpe de vista extenso y penetrante, la observación comprensiva, la facilidad ingeniosa de proporcionarse recursos, plan, y finalmente, el arte del trato de los hombres y del valor diplomático que debe darse á las ventajas obtenidas en la guerra.

Aquel hombre, por otra parte grandemente enérgico, fué quien exageró públicamente el poder de Atenas y sus recursos, inclinándole á ello no solo el deseo de aprovechar todas las ocasiones de censurar la débil dirección de la guerra, siguiendo en esto la conducta que antes había usado para con Pericles, sino el afán de ver en todas partes traidores, contra los cuales, cuando aparecía culpa evidente, no escaseaba las mas enérgicas providencias; siendo justo observar que en este punto no le faltaron á veces motivos sobrados. El partido de la paz se componía en Atenas de una parte de los elementos oligárquicos que habrían hecho de buena gana importantes concesiones á los espartanos, con tal que se arrojase de Atenas al demos. Los recelosos sicofantas que mantenía Cleonte contra los aliados, es decir, contra la liga de elementos aris-



Aristófanes